

Las pequeñas vicisitudes

Marcos Javier González Blanco

Premio Nacional al Estudiante Universitario,
Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana,
Ganador del Premio “Sergio Pitol”, categoría relato

De Cecilia Vicenzy tenemos, para nuestra fortuna, los datos que nos han proporcionado amigos y parientes, un diario incompleto y las cartas que mandó a su madre antes de morir, además de las dos novelas con las que se dio a conocer en el ámbito literario. Amigos y familiares no logran ponerse de acuerdo en cuanto al carácter contradictorio de Cecilia. Algunos dicen que era tierna y alegre, otros que era irascible y depresiva. Supongo que algunas son apreciaciones tardías que se dieron poco después de ocurrida su inenarrable muerte.

Recuerdo que a Cecilia le fascinaba la música clásica, nunca faltaba a los conciertos de la Sinfónica los viernes por la noche. Ahí la encontraba, toda ella menudita, el pelo corto de fleco y la piel extrañamente oscura que hacía resaltar sus hermosos ojos verdes. Carlos Urbieto, periodista de *La Crónica* y amigo íntimo de Cecilia, hablaba de ella invadido por una fascinación extraña, decía: “Nunca le oí decir una mala palabra, tenía en toda su persona un halo desconcertante y una decencia que muchos tradujeron en apatía. Solíamos vernos en el café todos los jueves a las seis de la tarde, en esos días en los que ella estudiaba literatura en la universidad. Es extraño, pero a pesar de las tardes cálidas, que son peculiares en esta ciudad, sobre todo en verano, el recuerdo más claro que tengo de Cecilia es el de una mujer friolenta, envuelta en suéteres color pastel y pantalones de lana. En algunas ocasiones la acompañé al puerto. Le encantaba pasar las tardes charlando sobre los libros en “La Parroquia”, o gustaba de caminar en los temporales cerca del malecón, dejándose salpicar de mar. Allí, yo solía vigilarla desde el auto; a decir verdad, envidiaba esa vitalidad de adolescente, esa niña-mujer que se olvidaba del mundo para centrarse en

sus fantasías. Cuando regresaba al auto, su rostro radiante le suponía traviesa y feliz. Desgraciadamente las cosas no eran así. Después supe que esos arrebatos de júbilo eran raros, muy raros; sin temor a equivocarme puedo decir que momentos como esos sólo se sucedieron en contadas ocasiones”.

Poco después de su muerte se forjó el mito de su personalidad maniacodepresiva. Los más crueles insistían en hablar de una locura disimulada, algo literaria. Los menos aseguraban que Cecilia era una especie de iniciada, algo así como una mujer “gurú”, quizás basándose en su excéntrica forma de religión, de la que hasta la fecha se sabe muy poco. Al respecto cabe relatar que Lorenzo Cuevas y yo la encontramos en varias ocasiones vestida de blanco, cubierta la cabeza con un rebozo anaranjado, los pies calzados en sandalias finas, con la mirada perdida y pidiendo dinero en gasolineras. Hubo una vez en la que, a pesar de nuestros esfuerzos por ayudarla y quererla subir al auto, conmovidos hasta el tuétano por la condición en que la encontramos, por su agresividad tuvimos que dejarla como a un recuerdo patético, tirada en el suelo, llorando y lanzándonos maldiciones. Para ese entonces ella ya tenía publicada *Vestigios de octubre*, su primera novela, la cual se tomó como una rareza literaria, esto por su lenguaje audaz y su intrincada trama psicológica. En 1959 recibió el premio de la editorial “Antares” por su novela publicada. A la premiación no asistió, lo que a los organizadores les pareció una falta de cortesía. Ese mismo día Ricardo Flores recuerda haberla visto en el puerto de Veracruz, mencionó: “Era una mujer deshecha, vestía una indumentaria extraña: sandalias de plástico, un vestido blanco adornado con muchos collares, rematada la cabeza por una túnica naranja. Al parecer no me reconoció, me pidió algunas monedas, que por cierto le di, y se retiró rumbo al malecón, por la calle que lleva al parque Zamora. Poco después ya en la capital me la encontré, traté de recordarle aquella ocasión, a lo que me dijo que no era posible, pues desde el 58 no visitaba el puerto. Aparte de todo quiero decirte que a mí Cecilia Vicenzy siempre se me hizo una mujer extraña y ahora esto de su muerte, pues imagínate”.

La madre de Cecilia es una mujer de 66 años, recia y de tez clara, como de extranjera. Cuando llegué a su casa en Nogales, Veracruz, me dijeron que esperara un poco, y así lo hice, acomodándome en un pequeño recibidor que daba a un jardín bien cuidado. Mientras recorría

con la vista el singular jardín, escuché de repente una voz a mis espaldas que me hizo estremecer, era Cecilia Romero, la madre de Cecilia Vicenzy.

“Ceci siempre fue una niña muy sana, inteligente e inquieta. Le encantaba ir al río, nos sorprendía su fortaleza. Su padre (que en paz descansa), tenía que hacer verdaderos esfuerzos para sacarla del agua. Nunca quedaba satisfecha, su elemento era el agua; nada más le digo que era ‘Piscis’. Todo resultaba fácil con ella, todo hasta que llegó a su vida ese hombre. Yo no entiendo qué le vio Ceci a un tipo como ése, tan vulgar, tan sucio. ...él fue el que la indujo a ese maldito vicio, él...” La madre de Cecilia no pudo continuar, balbuceaba incongruencias y sollozaba como una niña. Después de dejarla tranquila en su sala, me levanté para retirarme. Pero ella me detuvo para entregarme un paquete que contenía las cartas que Cecilia le había estado mandando constantemente; además de un pequeño diario incompleto.

En una de esas cartas que Cecilia envió a su madre poco antes de morir, refirió la tristeza que le ocasionaron las severas críticas a su segunda novela. Escribió: “Estoy segura de que *Íntimas invenciones* tendrá que ser reconsiderada. No es la novela incidental sobre un hecho histórico como dicen, es la sensación que tengo de las vidas ajenas. Lo único que me consuela es que a Fernando le parece excelente. Tú sabes la fuerza que me infunden los comentarios de él”. En enero del 64, envió una carta a su madre en la que narraba las discusiones que había tenido con su marido, a las que calificaba de cosas sin importancia.

En febrero del mismo año habla por primera vez de su extraña incursión en la “Secta Tsin”: “No te preocupes, no es lo que la gente dice. Eso de perderse en el inconsciente para reencontrarse con uno mismo es una de las patrañas que se han publicado”. Ese mismo mes envió una carta en la que hablaba de la extraña desaparición de Fernando; es precisamente ese, uno de los pasajes más lúcido en su diario:

20 de febrero: apenas la noche anterior estaba conmigo, salió a buscar no sé que cosa, ya no lo escuché regresar. Como estaba muy cansada fui a mi recámara y me quedé dormida. Durante todo el día estuve tratando de localizarlo, pero nadie parece saber nada de él. No sé pero creo que ya no volverá. Esta incertidumbre me tiene al filo de la depresión. De repente me da miedo quedarme sola...

A la siguiente semana la madre de Cecilia recibe una carta que la hace estremecer, en uno de los párrafos ella anota que le gustaría alimentarse de su esposo, como en el cuadro *Canibalismo otoñal*.

El hombre, al que Cecilia Romero se refería con adjetivos tan terribles, era Fernando Vicenzy Tovar, el esposo de su hija. Un pintor de segunda, heroinómano y fumador de marihuana. Al igual que a su madre, a nosotros también nos extrañaba como era posible que un espíritu tan elevado como el de Cecilia Vicenzy, podía compartir su vida con un ser tan rudo y vulgar. A veces nos enterábamos de las golpizas que recibía de él, en algunas ocasiones estábamos dispuestos a intervenir, pero ella siempre se oponía con el argumento de que sólo empeoraríamos las cosas.

Irma Labourdet, íntima amiga de Cecilia, la encontró en una ocasión tirada en la puerta, afuera de su casa. Relata: “Ahí estaba llorando, sumida en un extrañamiento del que no la pude sacar. Le hablaba tratando de hacerla reaccionar pero nada daba resultado. La sacudí de los hombros, la traté de levantar, pero fue inútil. ¿Qué tenía que hacer entonces? Se me ocurrió parar un taxi. Le pedí al conductor que me ayudara a subirla y la llevé a casa de Bertha Alfaro. Por fin llegamos y ella se encontraba trabajando en su estudio, pintaba *Las pequeñas vicisitudes*. Cuando salió a recibirnos fue tal la impresión que se llevó, que no pudo contener el llanto. Con ayuda del conductor la pasamos a la sala. Bertha no le quitaba la vista de encima, después de cambiarle la ropa la subimos a la recámara, le dimos de beber jugo con un calmante y ahí la dejé, durmiendo, tranquila. La que me preocupó después fue Bertha, quedó impresionadísima. A los cuatro meses, en una exposición en Polanco vi el cuadro *Las pequeñas vicisitudes* y ahí estaba Cecilia, te lo juro, en el cuadro de Bertha. En una esquina baja del óleo había una figura de mujer pintada con trazos suaves. Ésta estaba con la cabeza gacha, el pelo extendido como lluvia, como lágrimas. Supongo que para sacarse la impresión de la mente, Bertha la tuvo que imprimir en el lienzo”.

A casa de Cecilia solo fui en tres ocasiones. Una de ellas fue cuando me entregó el manuscrito de *Íntimas invenciones*. Ya para ese entonces era una mujer casi mitológica, había cambiado su casa de la calle Pitágoras a un apartamento en el Ajusco. Cuando entré, lo que más me sorprendió fue su colección de reproducciones de Chagall y de Dalí. En una entrevista para la revista *El molino* (1929-1968), que más tarde

llegó a ser el suplemento de un periódico nacional, dijo: “Me encanta el folclor mágico de Chagall y las imágenes coloridas de Dalí, así como el simbolismo de los dos. Uno de los cuadros que más me ha fascinado por su estética amorfa y el triunfo que logra sobre nuestra realidad es *Canibalismo otoñal*. Dalí ansiaba, como yo, alimentarse del ser amado. A Gala, para evitar devorarla, Dalí la tuvo que pintar con chuletas en los hombros. Es el amado el objeto de nuestra ansia, de nuestro apetito”.

Precisamente al entrar a su departamento, lo primero que se lograba ver era *Canibalismo otoñal*. Ahora que recuerdo la forma en que Cecilia murió, me estremecen las declaraciones aparecidas en la revista.

A Fernando Vicenzy lo traté muy poco, de hecho los amigos de Cecilia casi no lo frecuentábamos y es que él era un ser despreciable, insulso y para colmo se creía un gran pintor. Por consideración a Cecilia accedí a comprarle uno de sus cuadros; todavía está en mi desván. Supongo que después de lo sucedido, su valor se lanzará, no como una obra de arte, sino como testimonio de nota roja.

El 14 de marzo unas personas tratan de detener a una mujer de túnica naranja que en sus brazos lleva un bulto extraño y que amenaza con lanzarse al mar. No logran detenerla. Ésta se arroja desde el malecón originando una movilización desesperada. La mujer era Cecilia Vicenzy. Al tratar de rescatarla un pescador perdió la vida junto con ella. En el puerto, después de recuperar los cuerpos, la gente se horroriza al ver asida de la crispada mano del ahogado una cabeza humana, el bulto que ocultaba Cecilia era parte del cuerpo de Fernando Vicenzy, su esposo.

